

empleados de Versalles!—¿Mas qué es lo que se debía haber hecho? Lo ignoro. No sé mas sino que puesto que os sentiais acosados del furor de destruir, debiais haber pensado en levantar un edificio que fuese digna habitacion de franceses, y sobre todo que debiais haber tratado de libraros del entusiasmo hácia las instituciones extranjeras. El peligro de la innovacion es terrible; rara vez conviene á un pueblo lo que es bueno para otro. Tambien yo quisiera pasar mis días bajo una democracia tal cual muchas veces me la he imaginado, considerándola como el mas sublime de los gobiernos en teoría, y tambien yo he vivido como ciudadano de Italia y de Grecia: tal vez mis opiniones actuales no son mas que el triunfo de la razon sobre mis inclinaciones. Pero empeñarse en establecer repúblicas en todas partes y á pesar de todos los obstáculos, es un absurdo en la boca de muchos, y una maldad en la de algunos.

He reflexionado largo tiempo sobre este particular, y no aborrezco á una constitucion mas que á otra considerada abstractamente. Tomada cada una en lo que me concierne como individuo, todas me son perfectamente indiferentes: mis costumbres son mas propias de la soledad que de los hombres. ¡Ah, desgraciados! ¡Nos estamos atormentando por un gobierno perfecto y todos somos viciosos! ¡Por un gobierno bueno y todos somos malos! ¡Hoy nos estamos agitando por un vano sistema, y mañana habremos dejado de existir! De los sesenta años que el cielo tal vez nos ha concedido para arrastrarnos sobre este globo, gastamos veinte en nacer, veinte en morir, y la mitad de los otros veinte se desvanecerá en el sueño. ¿Tememos que las miserias inherentes á nuestra naturaleza de hombre, no sean suficientes para llenar ese breve espacio y para aumentarlas, les añadimos los males de la opinion? ¿Es por ventura un instinto indeterminado, un vacío interior que no podemos llenar el que nos tortura? Yo tambien he sentido esa sed vaga de alguna cosa. Ella es la que me ha arrastrado por las silenciosas soledades de América y por las bulliciosas poblaciones de Europa: para satisfacerla me he abismado en la profundidad de los bosques del Canadá, y entre la multitud que hormiguea en los templos y jardines europeos. ¡Cuántas veces me ha hecho abandonar el espectáculo de nuestras ciudades para ir lejos á contemplar el ocaso del sol desde algun sitio salvaje! ¡Cuántas veces he huido de la sociedad de los hombres, y he permanecido inmóvil en alguna playa solitaria contemplando por espacio de horas enteras con esa misma inquietud el cuadro filosófico del mar! Esa sed me ha hecho seguir en torno de sus palacios y de sus espléndidas cacerías á esos reyes que dejan en pos de sí una larga celebridad, y por ella me he sentado tambien silencioso en la puerta de la cabaña hospitalaria junto al salvaje cuya vida pasa tan ignorada como los rios sin nombre que corren por sus desiertos. Hombre, si tu destino es llevar lo que quiera que vayas, un corazon devorado por un deseo desconocido; si esa es tu enfermedad, aun te queda un recurso. Haz que las ciencias, esas hijas del cielo, llenen ese vacío fatal que tarde ó temprano te conduciría á la ruina. La calma de las noches te está invitando. ¿Ves esos millones de astros suspendidos por todas partes sobre tu cabeza? Investiga siguiendo los pasos de Newton las leyes ocultas que tan ordenadamente hacen girar esos globos de fuego al través de la azulada bóveda, si la divinidad toca tu corazon, medita y adora al ser incomprendible que con su inmensidad llena esos espacios sin limite. ¿Serán tal vez esos estudios demasiado sublimes para tu inteligencia, ó llegará acaso tu miseria hasta el punto de no tener esperanza en ese Padre de los afligidos que ha prometido consuelo á todos los que lloran? Otras ocupaciones hay no menos gratas, si bien no tan profundas. En vez de entretenerte con los odios de la sociedad, contem-

pla las pacíficas generaciones, las dulces simpatías y los amores del reino mas encantador de la naturaleza. En ese caso no te verás rodeado mas que de placeres. Por lo menos tendrás la ventaja de volver á encontrar cada mañana tus plantas queridas, en tanto que en el mundo, cuantos ¡Ah! hemos apretado sobre el corazon la mano de un amigo que al día siguiente hemos buscado en vano! Vivimos en el mundo cual si asistiéramos á una comedia: cuando mas atentos estamos al espectáculo, suena el silbido y desaparecen los palacios encantados, quedando en su lugar decoraciones confusas y actores desconocidos.

Empero cualesquiera que sean nuestras ocupaciones, sea que nos vayamos envejeciendo en el taller del artesano, ó en el gabinete del filósofo, no perdamos de vista que no es vana nuestra pretension de ser libres en el orden político. Independencia individual ¡he aquí el grito que continuamente está resonando en nuestro interior. Préstemos atencion á esa voz de la conciencia. ¿Qué es lo que ella nos dice con arreglo á la naturaleza? «Sed libres.» ¿Y con arreglo á las inspiraciones sociales? «Dominad.» Mentir sería negarlo. No nos avergonzemos porque yo con mano temeraria arranque el velo con que nos empeñamos en cubrirnos á nuestros propios ojos. La libertad civil no es mas que un sueño, un sentimiento imaginario que no habita en nuestro seno: aprendamos á elevarnos á la altura de la verdad y á despreciar los axiomas de la mezquina sabiduría de los hombres. Tal vez nos insultaran por no habernos comprendido: los hombres honrados nos acusaran de principios perniciosos porque hemos ido á investigarlos en el fondo de su alma donde se imaginaban estar seguros y porque hemos puesto á la vista del público toda la pequeña máquina de su corazon. Riámonos del clamor de la multitud contentándonos con saber que en tanto que no volvamos á la vida del salvaje, constantemente tendremos que depender de algun hombre. ¿Qué importa, pues, que seamos devorados por una córte, por un directorio ó por una asamblea del pueblo?

Sin cesar tendremos que echar de ver que nos estamos engañando; que la hora presente está siempre acusando de error á la que acaba de pasar. ¿Iremos pues á atormentarnos á nosotros mismos y á nuestros semejantes por una opinion que dominando al principio el día habrá desaparecido del todo al llegar la noche? Todo gobierno es un mal; todo gobierno es un yugo; mas abstengámonos de sacar la consecuencia de que es preciso romperlo.

Puesto que nuestro destino es un esclavo, soportemos sin murmurar nuestra cadena, y tratemos de acomodar los eslabones de ella, ya sean reyes, ya sean tribunos con el tiempo y sobre todo con nuestras costumbres. Estemos seguros, por mas que se diga que vale mas obedecer á uno de nuestros compatriotas rico é ilustrado, que á una multitud ignorante que nos abrumará con todas las calamidades.

Y vosotros ciudadanos ¡vosotros que gobernais esa patria siempre cara á mi corazon, reflexionad; ved si hay en toda Europa una nacion digna de la democracia! Devolved la felicidad de nuestra comun patria, devolviéndola á la monarquía hácia la cual os arrastra la fuerza de las cosas. Mas si persistís en vuestras quimeras, no os engaños; tened entendido que nunca llegareis á realizarlas por medio del moderantismo. Ea execrables verdugos, objeto de horror de vuestros compatriotas, objeto de horror de toda la tierra, volved á poner en accion el sistema de los jacobinos; volved á dar movimiento á vuestras ensangrentadas guillotinas; y haciendo rodar cabezas en torno vuestro, ensayad establecer en la desierta Francia vuestra espantosa república como la paciencia de Shakespeare. «sentada sobre un sepulcro y sonriendo al dolor.» (a)

(a) He aquí uno de los capítulos mas extraños de toda la

## LIBRO PRIMERO.

### SEGUNDA PARTE.

#### CAPITULO PRIMERO.

SEGUNDA REVOLUCION.—FILIPO Y ALEJANDRO.

CAMBIA la escena; de la semejanza de los sucesos pasamos á la de los hombres. Hasta el presente los cuadros se han parecido por lo tocante á las situaciones; pero los personajes casi siempre han sido diferentes entre sí. Ahora por el contrario, las afinidades aparecen en los grupos, y los contrastes en el fondo. Cuanto mas avanzemos hácia los tiempos de corrupcion, de luces y de despotismo, tanto mas nos aproximaremos á nuestros tiempos y costumbres. Alguna vez nos creeremos transportados á nuestras sociedades en medio de grandes mujeres, y pequeños hombres, de filósofos y de tiranos; personas roídas de vicios clamaran desafortunadamente por la virtud; magníficos tratados acerca de la ciencia de la libertad, conducirán á los pueblos á la esclavitud, y por último, veremos que la multitud que nos rodea se compone en sus dos terceras partes y media de estúpidos y el resto de bribones. (a)

Pericles habia tomado la verdadera senda para llegar á la felicidad. Tratando al mundo como se merece, no presentaba, cuando la necesidad le obligaba á comparecer en él mas que ideas comunes y un corazon de hielo. Mas encerrándose por la noche con Aspasia y un reducido número de amigos íntimos les revelaba sus opiniones ocultas y un corazon de fuego. No tardaron los tontos en echar de ver el desprecio con que los miraba, pues hay que advertir que los tontos tienen un maravilloso tacto en lo tocante á este particular y que nada les ofende tanto como la indiferencia del desprecio. Acusaron pues á la tierna amiga de Pericles y este no pudo salvarla sino á fuerza de lá-

obra, y acaso uno de los pasajes mas extraordinarios que pueden haberse escapado á la pluma de ningun escritor: es una especie de lóbrega orgía de un corazon herido, de un espíritu enfermo, ó de una imaginacion que reproduce las fantasmas de que se ve obsediada ella misma, es la manera de Rousseau, de René y la expresion de un alma cansada, aburrida de todo. El autor aparece realista por desesperacion de no poder ser republicano, juzgando que la república es un hecho imposible: deduce atrevidamente las causas de una revolucion que en su concepto llegó á ser inevitable, y al mismo tiempo la ataca denodadamente. No contentándose con nada de lo pasado ni de lo presente, infiere que todo gobierno es un mal, que la libertad civil (quiere decir política), no existe; que todo se reduce á la independencia individual, y de aquí toma argumento para proponer la vida salvaje. No sabe cómo expresar todo lo que siente: crea un nuevo idioma; inventa las palabras mas bárbaras, y á otras no les da su acepcion natural. No parece sino que habiéndose sentado en la Tripode se ve atormentado por un nūmen maléfico: solo una cosa le queda en medio de ese delirio, el sentimiento religioso.

Habia tratado de refutar una por una las frases de que se compone este capítulo, pero no ha tardado en caerse la pluma de la mano. No me ha sido posible seguirme á mí mismo al través de ese caos: la locura de las ideas, la contradiccion de los sentimientos, la falsedad de las razones y el neologismo, reducen todo mi comentario á exclamaciones de dolor y de piedad. Por lo que he creído que valia mas condenarme de una vez al fin del capítulo y hacer penitencia con la cuerda al cuello por lo que he pecado contra el buen sentido. Pero despues de haberla hecho, debo tambien decir con la misma imparcialidad que en ese insensato capítulo se nota revela una inspiracion que sea de la naturaleza que quiera, no se vuelve á encontrar en ninguna de mis demás obras.

(N. ED.)

(a) ¡Bizarra manera de arreglar el mundo! (N. ED.)

grimas: sin embargo ¿quién era mas acreedor que él á la gratitud de sus conciudadanos? pero como profundo conocedor de los hombres fundaba muy pocas esperanzas en ella. La gratitud es nula entre los mas necesitados, porque el sentimiento de su propia necesidad absorbe todos sus afectos: existe alguna vez como virtud en el obrero pobre, pero no indigente: suele cambiarse en odio en el individuo colocado en la categoría inmediata á la del bienhechor; es un peso para los filósofos y no cabe en la memoria de los cortesanos. De aquí se infiere que es preciso hacer bien al infimo pueblo por deber, obligar al artesano por satisfacion del corazon, no tener mas que una extrema urbanidad respecto de la clase media, no prestar á los literatos sino lo que estrictamente pueden devolver, ni dar á los poderosos sino lo que pensábamos arrojar por la ventana. (a)

A estas pequeñas caricaturas de nuestras sociedades acompañaran nuestras grandes escenas trágicas: la tiranía, las proscriciones, los reyes juzgados y sentenciados por los pueblos, y otros que han sido únicamente derrocados del trono y se han visto precisados á ganar el sustento con el trabajo de sus manos y por último nuestras abominables revoluciones con el acompañamiento de sus vicios.

Explicaremos el plan de esta parte de la obra.

Compréndese que es imposible seguir en ella el curso regular de la historia, ni aun adherirse á grandes detalles. Lo que nos falta pintar acerca de la historia griega se reduce á la parte que media desde la época que hemos descrito hasta el reinado de Filipo y Alejandro, en cuyo tiempo Atenas y Lacedemonia perdieron su libertad, sino de nombre, por lo menos de hecho.

En este período que contándolo desde el momento en que se hizo la paz con los persas hasta la batalla de Queronea, encierra un espacio de ciento once años, nos aprovecharemos únicamente de tres rasgos característicos: la caída de la constitucion y el reinado de los Treinta Tiranos en Atenas, la de Dionisio el Joven en Siracusa, y por ampliacion la sentencia de Agis en Esparta. Ese sistema nos facilitará el modo de ver la edad de corrupcion en las tres principales ciudades griegas del antiguo mundo. No haremos mas que indicar la revolucion de Filipo, porque no está directamente enlazada con el objeto de esta obra; pero al mismo tiempo nos extenderemos al hablar del siglo de Alejandro, cuyas relaciones con nuestra época, son bastante íntimas consideradas bajo el aspecto filosófico. Resta decir que en obsequio de la brevedad hemos dado á esta segunda parte del Ensayo el nombre general de Revolucion de Filipo y Alejandro.

#### CAPITULO II.

ATENAS.—LOS CUATROCIENTOS (1).

El Atica aparece desolada por veinte años de guerras; (2) la peste, no menos destructora, ha arrebatado la mayor parte de sus habitantes, y los que han sobrevivido estan encenagados en todos los vicios. Pericles ya no existe: Alcibiades, fugitivo desde la des-

(a) ¡Singular ilacion de ideas! Continamente se presenta en este Ensayo la inclinacion á la sátira, y en todos estos pasajes se advierte que solo haciendo grandes esfuerzos sobre mí mismo, es como consigo apagar esa inclinacion al desden y á la ironía.

Por lo demás, tambien se echa de ver que ya empezaba á escribir menos mal. Con relacion al arte, el Ensayo va á ponerse á nivel de mis obras últimas: sin embargo, aun presentará algunos idiotismos y algo de arrebatado y declamatorio.

(1) Para evitar notas, advierto que en cuanto voy á decir, sigo exactamente el libro VIII de Tucídides.

(2) Hubo una tregua que debia haber durado cincuenta años; pero que se rompió á los seis años y diez meses.

graciada expedición de Sicilia se halla en la época que describimos retirado cerca de Tisafernes, sátrapa de Lidia, después de haber dirigido por algún tiempo la confederación del Peloponeso contra su patria.

Conmovido en su retiro de las desgracias que en parte solo á él se deben, no puede menos de volver dolorosamente sus miradas hácia el nativo suelo, y los ciudadanos de Atenas por su parte al sentirse abrumados por tantas calamidades, teniendo que hacer frente á todas las fuerzas del Peloponeso y del Asia, no ven mas recurso que acudir al talento de su ilustre compatriota. Entablan, pues, negociaciones con Alcibiades; pero este, no pudiendo olvidarse que fue desterrado por el pueblo, rehúsa volver á Atenas, si antes no cambian la forma de gobierno, substituyendo la oligarquía á la constitución democrática. El tirano quería mullir el lecho antes de recostarse.

A todo trance era necesario consumir la reconciliación. Agis, con las fuerzas lacedemonias, bloqueaba á Atenas por tierra y talaba las campiñas inmediatas, cuyos habitantes se habían encerrado en la capital. Por otra parte la escuadra ateniense acababa de apoderarse de Samos: de manera que los habitantes del Atica se hallaban divididos en dos partes: los unos sirviendo en las expediciones exteriores, y los otros empleados en la defensa de la ciudad.

A pesar de unas circunstancias tan apremiantes, el pueblo y los soldados se opusieron vigorosamente á la proposición de Alcibiades; mas como ella ofrecía el único medio de evitar la ruina de la patria, no pudieron menos de someterse y consentir en la abolición de la democracia.

Entonces principiaron en Atenas las escenas trágicas que se renovaron con frecuencia durante el reinado de los Treinta Tiranos. No es posible imaginar una situación mas espantosa que la de esta triste ciudad, ni semejanza mas completa con el estado de Francia durante el reinado de la Convención. Además de verse atacada al exterior por mil enemigos y hallándose próxima á sucumbir bajo las armas extranjeras, tuvo que sufrir una aristocracia que en lo interior devoraba el resto de sus ciudadanos. Desde luego se decretó que únicamente los soldados y cinco mil ciudadanos, serian los que podrian tomar parte en los asuntos de la república, y á fin de quitar para siempre las ganas de oponerse á los decretos de los conjurados, se dieron prisa en quitar de en medio á cuantos pasaban por adictos á la antigua constitución. El pueblo y el senado seguían reuniéndose; pero si alguno se atrevía á emitir una opinión contraria al partido dominante, en el acto era asesinado. Rodeados de espías, y traidores los ciudadanos, temían comunicarse mutuamente sus ideas: el hermano perdió la confianza del hermano; el amigo enmudeció delante del amigo, y la ciudad desolada se vió dominada por el silencio del terror.

Después de haber establecido esa tiranía provisional, procedieron los conjurados á confeccionar una constitución, encargando su redacción á un comité de diez individuos que incesantemente tenían que dar parte de sus trabajos. En la época determinada presentaron su plan, que consistía en establecer un consejo de cuatrocientos miembros, revestido de un poder absoluto y dueño de convocar los cinco mil ciudadanos.

Por el primer acto del nuevo gobierno pudo inferirse lo que el pueblo podía prometerse de su justicia. Los Cuatrocientos, armados de puñales, y acompañados de sus parciales, entraron en el senado y expulsaron á los senadores. En seguida destruyeron todos los antiguos establecimientos, mandaron degollar, ó proscibieron á todos los enemigos de su despotismo, y no levantaron el destierro á ninguno de los antiguos proscritos, á pesar de haber aparentado por de pronto interesarse en su favor, sea por miedo

de Alcibiades, sea para seguir impunemente disfrutando de sus bienes. Representase á mi imaginación el mundo como un inmenso bosque donde los hombres se estan acechando para despojarse. (a)

Sin embargo, al tener noticia el ejército de los trastornos que ocurrían en Atenas, se declaró contrario á la nueva constitución; por su parte Alcibiades, á quien importaban muy poco la aristocracia ni la democracia, y que el único afecto que profesaba á los hombres era un profundo desprecio, tampoco tuvo por conveniente dispensar su favor á los conspiradores. Los soldados enardecidos, lo mismo que el ejército francés con sus victorias, echaron de ver que lejos de ser recompensados por la república, eran ellos los que la hacían subsistir con sus conquistas, y que era ya tiempo de dar fin á tantas miserias, marchando hácia aquella criminal ciudad.

En tanto que en el ejército los ánimos andaban agitados por estos pensamientos, llegó un fugitivo de Atenas dando cuenta de las mas siniestras noticias; el crimen habia llegado á su colmo: los tiranos arrebatan las esposas, degüellan á los ciudadanos y encarcelan á las familias unidas por algun lazo de parentesco con los soldados. (1) Al oír estas noticias prorumpen todo el ejército en un grito de indignación: juran exterminar á los tiranos; toman en el acto medidas contra los oficiales partidarios de la facción aristocrática, nombrando en su lugar otros mas populares y por último llaman á Alcibiades.

Todo anunciaba la caída de los Cuatrocientos. Entre estos habia hombres de un talento verdaderamente extraordinario: Antifon, de escasas palabras, pero de maravilloso discernimiento, Frínico de ánimo audaz y emprendedor, y Terámenes lleno de elocuencia y de talento. No tardó la discordia en introducirse entre ellos. Muy poco se parecen los hombres á ciertos animales de cuyo espíritu de equidad cuentan maravillas los viajeros, suponiendo que después de haber cazado en comun reparten con toda igualdad el fruto de sus fatigas: los facciosos en lo general estan muy acordes en el modo de hacer la presa; pero nunca llegan á entenderse por lo tocante á la repartición. Conociendo Terámenes que el poder se iba escapando de manos de sus compañeros, fue retrocediendo poco á poco hácia la antigua constitución y colocándose al lado de los demócratas, Frínico, impulsado de su ambición, sostenía el nuevo orden de cosas, y á fin de procurarse recursos, envió secretamente una diputación á Esparta y empezó á construir una ciudadela en el Pireo para resistir á los enemigos, ó mas bien dicho para que le sirviera de asilo donde retirarse en cualquier caso dado. En tanto que con ardor se entrega á la ejecución de estos planes, se divulga súbitamente la noticia de que acaba de ser asesinado en la plaza pública, como Marat en medio de sus triunfos. Entonces Terámenes poniéndose á la cabeza del partido popular, sublevó los ciudadanos y se apoderó del general que mandaba el bando contrario. Los Cuatrocientos corren á tomar las armas para defenderse á tiempo que la escuadra aparece en la entrada del Pireo, y la confusión llega á su colmo. Terámenes vuela al puerto, habla con los soldados; les dice que aquella nueva fortaleza que tienen á la vista ha sido construida por los tiranos, no para seguridad de la plaza, sino para introducir al enemigo de la patria, cuyos buques estan ya á la vista del puerto. Apodérase de la tropa el furor, queda arrasada hasta los cimientos la ciudadela á manos de aquella multitud irritada: decretase por unanimidad la abolición del tribunal de los Cuatrocientos; los conjurados llenos de terror se escapan de la ciudad, y entre aplausos y bendiciones del pueblo vuelve á instalarse la constitución democrática.

(a) ¡Donosa manera de ver el mundo! (N. ED.)

(1) Estas noticias estaban llenas de exageración.

Tales fueron los pasajeros trastornos, en cuyo carácter es fácil encontrar mucha analogía con los que hemos presenciado en Francia. En ambos se descubre el mismo fondo de immoralidades y de vicio interior. Vemos por de pronto un gobierno dando positivas señales de ruina y de tiranía al adular á la soldadesca y al tener que rodearse de armas. Descúbrese cierta mezquindad en las cosas y en las ideas, que hace pensar que estamos presenciando hechos de la historia contemporánea. No figuran ya los Temístocles, los Aristides, ni los Cimones, sino los Robespierre, los Gouthon y los Barrere. Por lo demás esa revolución de Atenas va unida á un principio político que vamos á examinar antes de pasar á la historia de los Treinta Tiranos (a).

### CAPITULO III.

#### EXÁMEN DE UN GRAN PRINCIPIO EN POLÍTICA.

Segun el principio generalmente adoptado por los publicistas, las naciones tienen derecho de elegir el gobierno, y segun otro axioma no menos famoso, «todo poder dimana del pueblo:» de manera que en uso de este poder, los pueblos, cuando lo crean conveniente, son dueños de cambiar la forma de gobierno. Esto es precisamente lo que hicieron los atenienses al abolir la democracia y al volverla á establecer. Veamos á dónde pueden conducirnos esos principios.

De los tres partidos que componen la multitud, los unos adoptan absolutamente esas proposiciones y dicen: Una nación tiene derecho de elegir la forma de su gobierno, porque ella es superior á este, como que la primera es un cuerpo real, y existente en la naturaleza, y el gobierno cuando mas no pasa de una modificación, un pensamiento. La ley no puede ascender del efecto á la causa, sino descender del efecto á la consecuencia. De manera que todo poder dimana del pueblo, y aun cuando este quisiera enajenar su libertad no podría hacerlo; pues resultaria un contrato vicioso, dando el uno todo lo que tiene y no comprometiéndose á nada el que lo recibe: de modo que el uno no tiene medios con que pagar lo que adquiere, ni el otro facultad para enajenar lo que vende.

El partido opuesto niega rotundamente ese axioma, y los partidarios del término medio tienen buen cuidado de tenerlo cubierto con un religioso velo.

Yo no me avengo á ninguno de esos sistemas; ese aire de misterio me hace mucho mal. El pueblo es como un niño; presentadle un juguete de cuyo interior salgan sonidos, si no le explicais la causa que los produce, no tardará en romper el juguete para verlo con sus propios ojos. No tengo inconveniente en decir en alta voz mi opinión, porque estoy persuadido de que la verdad bien explicada nunca puede dejar de ser útil. Admito, pues, los dos principios inatacables en su base, é indisputables en los términos del raciocinio; mas al adoptar la mayor con los republicanos, séame licito ver si puedo admitir tambien la consecuencia.

Podrá nadie decir que lo que es rigurosamente cierto con arreglo á los buenos principios de la lógica, deberá ser necesariamente saludable en la aplicación? Hay verdades abstractas que serian absurdas una vez reducidas á verdades de práctica. Hay verdades negativas y verdades de males, cuya condición no mejora ciertamente por llamarse verdades. Tengo calentura; es una verdad, mas por serlo ¿podrá decirse que la calentura sea una cosa buena? Evidente por sí mismo es el caos en que ambas proposiciones podrian sumergirnos. El pueblo tiene poder de elegirse un gobierno; pero tambien tiene el de cambiarlo, porque todo po-

(a) No se trata ya de comparaciones directas, sino de algunas semejanzas generales entre los hechos y los personajes: ese sistema es ya mas soportable. (N. ED.)

der dimana del pueblo. De manera que ayer república, hoy monarquía, mañana oligarquía... Se me objetará diciendo que por el primer derecho correría una nación el riesgo de caer en la esclavitud, como sucedió en Atenas si no hubiera podido usar del segundo para salvarse. Así es en efecto.

¿Pero este segundo derecho no la dejará tambien expuesta á las intrigas de facciones sin número, cuyo elemento son las tempestades? ¿Faciosos que conociendo las turbulentas inclinaciones de la multitud la estaran incesantemente diciendo que su constitución actual es la peor de todas, por la única razón de marchar bien con ella? ¿El Estado que ceda á esas sugerencias no se convertirá en una eterna confusión, en un eterno palenque de todas las atrocidades? Por otra parte, ¿quién tiene derecho de violar por la tarde los juramentos con que se ha ligado solemnemente por la mañana? El honor, los compromisos mas sagrados, ¿qué digo? la misma moral no será mas que una demencia una vez que se me conceda el derecho de poderlos violar, y cuando por tal violación creo merecer alabanzas y no vituperios. ¿Cómo! ¿Será posible que esa falta de fe que castigariáis como crimen en el individuo, merecerá recompensa si es consumada por el cuerpo social? ¿Luego habrá dos clases de virtud, una para el individuo y otra para las masas! Y si la virtud, en fuerza de subdivisiones, no viene á ser mas que un ente de razón que nivela al malvado y al hombre de bien, sino es mas que un fantasma omniforme modificado al capricho de la voluntad y variable al soplo de la opinión. ¿Qué será del mundo?

Tal es el abismo á que nos abocan los que á lo lejos nos ponen á la vista esas luces funestas; como las insidiosas hogueras que ciertos pueblos encienden sobre los escollos durante la noche, para que los incautos pasajeros corran á su ruina. ¿Queréis convenceros mas todavía de la ilusión de tales preceptos? fijad la mente en las contradicciones en que cayó la Convención al aplicarlos á la economía política. En Francia habria sido en ciertas épocas, un crimen digno de muerte el atreverse á sostener que una nación no tiene el derecho de constituirse. Vino la anarquía y los revolucionarios no se avergonzaron de negar la proposición en defensa de la cual se habia derramado tanta sangre. De manera, que á pesar de verse obligados á abandonar la base de su propio edificio, siguen sin embargo suspendiendo su cúpula en el aire. ¿Será por superioridad de talento? ¿Será una fe mentida? Por lo que á mí toca, que sencillo de espíritu y corazón, no reconozco talento sino el inspirado por la conciencia, confieso que como teoría, creo en el principio de la soberanía del pueblo; pero tambien añado, que si ha de llegar á ser puesto rigurosamente en práctica, vale mucho mas para el género humano volver á ser salvaje, é ir á habitar en completa desnudez las selvas. (b)

(b) Inconcebible es la audacia de este capítulo. y en la actualidad no tendria yo ciertamente el valor de cortar de ese modo el nudo gordiano. ¿Habré en realidad hallado en mi juventud el mejor modo de tocar esa cuestión de la soberanía del pueblo? Me descarto de todos los argumentos en favor de esa soberanía y la reconozco; evito todos sus peligros y la declaro impracticable; la considero como una verdad de la naturaleza de la peste, la peste es tambien una verdad.

Por lo demás, he dicho ya en otras notas que el derecho divino para el monarca, y la soberanía para el pueblo son misterios que ningun espíritu razonable debe tratar de sondear. Tan fácil es negar la soberanía del pueblo como defenderla.

El principio de que el pueblo existia antes del gobierno, carece de solidez, pues con mucha razón sus contrarios lo atacan diciendo que quien existe antes que el pueblo es el que lo organiza y lo constituye en sociedad: además, faltando el gobierno puede decirse que hay individuos, pero no nacionalidad.

Por otra parte en nada interesa á la libertad el principio

## CAPITULO IV.

LOS TREINTA TIRANOS.—CRITIAS, MARAT.—ERAMENES, SIÉYES.

Los lacedemonios se apoderaron de Atenas algunos años despues de la revolucion de los Cuatrocientos. Habiendo mandado Lisander derribar las murallas, extinguió la democracia, y nombró treinta ciudadanos que debían ocuparse en redactar una nueva constitucion. No tardaron esos hombres perversos en apoderarse de la autoridad imprudentemente confiada á sus manos. Demos á conocer los principales actores de aquella sangrienta escena.

Al frente de los Treinta Tiranos, figuraba Critias filósofo de la escuela de Sócrates. Tenia este déspota todos los vicios que en nuestros dias han desolado la Francia: era ateo por principios, sanguinario por placer, tirano por inclinacion, y así como Marat, habia renegado de Dios y de los hombres.

Su colega Teramenes tenia mas talento y tambien le aventajaba en disimulacion. Era apasionado cual otro Siéyes de la democracia; mas sin embargo, ya hemos visto que se avino á ser uno de los Cuatrocientos, contribuyó directamente á la caída de estos y fue elegido individuo de los Treinta, despues de la rendicion de Atenas.

Lo primero que hicieron aquellos tiranos, fue asociarse tres mil fragidos, y sacar de Lacedemonia una fuerza armada dispuesta á ejecutar sus órdenes. Cuando se creyeron bastante fuertes procedieron sin descanso á desarmar á los ciudadanos (como lo ha hecho en nuestros dias la Convencion respecto de las secciones de París); y solo dejaron armas á los Tres mil, que al mismo tiempo siguieron gozando de sus derechos de ciudadano. Tambien los conjurados de Francia obraron del mismo modo convirtiendo á los jacobinos en únicos ciudadanos activos de la república; en tanto que el resto del pueblo, sumergido en la nulidad y el terror, temblaba bajo el gobierno revolucionario.

Cuando los Treinta creyeron bien asegurado su poder, soltaron toda rienda á los crímenes; todos los atenienses sospechosos de afecto á la antigua libertad y todos los que poseian algunos bienes de fortuna, fueron envueltos en una proscripcion general. Critias solia decir, como Marat, que á todo trance convenia hacer rodar las principales cabezas de la ciudad. Llegaron aquellos monstruos al extremo de condenar á muerte á un ciudadano rico, para pagar con la confiscacion de sus bienes á los satélites de su tiranía, y como si esa tragedia debiera ser enteramente parecida á la que Robespierre y la Convencion representaron en Francia, privaron de honores fúnebres á los ciudadanos degollados por el puñal de sus verdugos.

No era ya la brillante Atenas, comparable solo á una vasta tumba habitada por el terror y el silencio. El ademán, la mirada, el pensamiento eran motivos de acusacion, contra cualquier ciudadano. Los

de la soberanía del pueblo, antes por el contrario seria peligroso el derivar la libertad del derecho político; pues este siempre es controvertible, y está sujeto á interpretacion y modificaciones. La libertad tiene un origen mas sólido dimanando del derecho natural. El hombre ha nacido libre. No adquiere su libertad asociándose con los demás hombres; mas bien la pierde que la gana en las asociaciones políticas, mas no por eso deja su imprescriptible derecho á ella. Dios no quiso que sometiera ese derecho sino al orden, y no lo expuso á perderlo sino por la violencia de las pasiones.

De aquí resulta que la libertad no puede ni debe soportar mas que el yugo de la ley; que ningun soberano tiene autoridad política sobre ella, que cuanto mas ilustrada sea esta libertad, menos expuesta se halla á perderse por las pasiones, y que así como su principal enemigo es el vicio, es su mas firme apoyo la virtud.

tiranos fijaban su atencion hasta en la frente de las víctimas y sobre ese hermoso órgano de la verdad, trataban aquellos malvados de sorprender un vestigio de candor ó virtud, así como el juez trata de investigar el crimen entre los tenebrosos actos del acusado. Los menos desgraciados de los atenienses pueden llamarse aquellos que protegidos por las sombras de la noche, podian evadirse de la ciudad y llegar á implorar el caritativo auxilio de alguna nacion extranea.

Por último, algunos de los mismos tiranos no pudieron menos de asombrarse en vista de tan enormes atentados. Teramenes coservaba en el fondo de su alma algun valor y alguna inclinacion hácia el bien: opúsose magnánimamente á la atroz conducta de sus colegas, y desde aquel momento quedó por parte de estos decretada su perdicion. Tallien, aborrecido de Robespierre, estuvo á punto de ser víctima de una acusacion, pero siendo mas afortunado ó mas diestro que el ateniense, supo convertir el puñal contra el acusador. Así es como las eventualidades disponen de la vida de los hombres. Voy á presentar el cuadro de estas dos célebres acusaciones á fin de demostrar que los partidos han usado siempre el mismo lenguaje, procurando acusar á sus enemigos con unas mismas razones, y excusar su conducta fundándose en iguales principios. Creo dar una provechosa leccion á los ambiciosos y á los amigos de las revoluciones, demostrando que en todos los siglos no han ofrecido mas salida á los que han entrado en su órbita, que la tumba. (a)

## CAPITULO V.

ACUSACION DE TERAMENES: SU DISCURSO Y EL DE CRITIAS.—ACUSACION DE ROBESPIERRE.

Al abolir las autoridades constituidas, los Treinta Tiranos dejaron subsistir en Atenas el senado, de cuyo terror estaban seguros que no se atreveria á oponerse á sus atentados. Ante este tribunal fue donde Critias acusó á Teramenes. El pueblo lleno de temor asistia guardando un sepulcral silencio al acto en que iba á decidirse la suerte del último defensor de sus derechos en tanto que los emisarios de la tiranía tomaban asiento ocultando bajo los pliegues del manto sus puñales.

Estando ya reunido el senado, Critias abió en estos términos.

»Senadores; no falta quien acusa de severidad á nuestro gobierno sin tener en cuenta la malhadada necesidad consiguiente á la reforma de todo Estado. Pero Teramenes, que es miembro de ese gobierno, y uno de los que nos hacen ese cargo ¿no será por ventura quien lo merece con mas fundamento? ¡Ah! No es él quien ha enseñado el arte de conspirar! Llámándose amigo del pueblo, estableció el poder de los Cuatrocientos, y cuando los vió amenazados de una inevitable ruina, los abandonó prontamente pasando al partido contrario, mereciendo que por esa facilidad en acomodarse á uno y otro bando se le diera el sobrenombre de *Coturno*. Senadores, ¿será digno de la vida el que prostituye su fe al interés? Quitad, decretando su muerte un caudillo á los sediciosos, cuyas esperanzas alienta con su audacia.»

Teramenes contestó:  
A vuestro juicio dejo, senadores, el decidir quién de Critias ó yo es en realidad enemigo vuestro. Cierto es que seguí el parecer de Critias cuando mandó castigar á

(a) Bien se echa de ver que en todas las épocas de mi vida, y en todas partes me he manifestado tan amigo de las libertades públicas como enemigo de las revoluciones. Estoy convencido de que con la razon y la constancia se pueden producir en el orden político las reformas necesarias sin trastornar la sociedad, sin adquirir libertad por medio de atrocidades é injusticias.

los delatores, pero tambien me opuse á que proscribiera á los hombres de bien como á un león de Salamina á un Nicias, cuya muerte ha sido el terror de los propietarios y aun Antifon, cuya sentencia hace estremecer todavía á todos los beneméritos de la patria. He reprobado la confiscacion de los bienes porque la creo injusta, y el desarme de los ciudadanos, porque propende á debilitar el Estado. Me he opuesto á la admision de tropas extranjeras, porque pueden convertirse en instrumentos de la tiranía, y he votado contra el destierro de los atenienses como peligroso á la seguridad del Estado. Senadores ¿no arruinan efectivamente vuestra autoridad los que se apoderan de los bienes ajenos, y los que condenan personas inocentes al patíbulo? ¿Me acusan de volubilidad! ¿Es Critias quien puede hacerme esa acusacion? Enemigo del pueblo en la democracia: enemigo de los hombres virtuosos cuando el gobierno está en manos del pequeño número, no quiere constitucion popular sino con la canalla, ni constitucion aristocrática sino con la tiranía.

Advirtiendo Critias que este discurso producía sensacion en el senado, llamó á sus sicarios y replicó diciendo: He aquí unos patriotas que no estan muy dispuestos á dejar escapar al criminal. En virtud de mi soberanía borro á Teramenes del número de los ciudadanos y le condeno á muerte.—Y yó exclamó Teramenes abrazándose al altar no pido sino que se me forme causa con arreglo á la ley ateniense ¿no considerais que es tan fácil borrar vuestro nombre del número de los ciudadanos como el mio? Critias mandó avanzar á los asesinos y el senado bajo la impresion del terror nada dijo al ver que Teramenes era violentamente arrancado de las sagradas aras. Solo Sócrates tuvo valor para oponerse aunque en vano al infame proyecto. El desgraciado colega de Critias, arrastrado por los asesinos trataba al pasar entre la multitud, de enternecer al pueblo recordando los beneficios que le habia dispensado pero ¿se acuerda de ellos alguna vez el pueblo? (1) Al llegar al calabozo de los Treinta, Teramenes bebió intrepidamente la cicuta y lanzando al aire como en el brindis de un festin los restos que habian quedado en la copa «eso para el hermoso Critias» exclamó.

¿No podriamos decir que esos hechos no fueron mas que un retrato de la Convencion? ¿No se arrastraron tambien repetidas veces por el cieno los miembros de esta haciéndose recíprocamente blanco de las mas

(1) Este hecho me trae á la memoria la interesante reflexion de Veleyo Patérculo al hablar de Pompeyo, que creyendo encontrar asilo cerca de este monarca á quien habia colmado de favores, no halló sino la muerte. *Sed quis, dice aquel historiador, beneficiorum servat memoriam? Aut quis ullam calamitosis debere putat gratiam? Aut quando fortuna non mutat fidem?* Las últimas pirámides de Egipto, construidas por los esfuerzos reunidos de todo un pueblo, y la humilde tumba de arena del gran Pompeyo, furtivamente erigida sobre la misma playa, por la piedad de un veterano, debieron ofrecer á César dos monumentos bien extraordinarios de la vanidad de las cosas humanas. Deberian los pintores tomar de la historia asuntos que reunieran la magestad de la moral con la sublimidad de la naturaleza. La tumba del rival de César podria ofrecer esa doble pompa. Un mar agitado, las ruinas de Cartago medio sepultadas en la arena y entre los juncos marinos; Mario contemplando la tempestad, apoyado con ademán pensativo en el truncado fuste de una columna, donde en caracteres púnicos podian leerse las primeras letras del nombre de Anibal, ofreceria otro asunto no menos sublime que el primero. De la historia de los suizos podia tomarse otra idea para un cuadro. El pintor representaria los tres grandes libertadores de la Helvecia en su sencillo traje de aldeanos, reunidos secretamente en un lugar desierto á la orilla de un lago solitario, y deliberando sobre la libertad de su patria, en medio de las montañas, los torrentes y los bosques, rodeados del silencio de la naturaleza, y no teniendo mas testigo de su santa union que el Dios que aglomeró aquellas inmensas rocas, y extendió el firmamento sobre su cabeza.

abominables acusaciones en tanto que la opinion ee-taba encadenada en las tribunas llenas de asesinos? Puede tambien el filósofo observar que en todas partes donde las revoluciones, es decir sus efectos, han sido duraderas, jamás se han visto deshonradas por tales excesos ¿Que se podrá inferir de semejante observacion?

Una de las épocas mas memorables de la revolucion francesa es indudablemente la caída de Robespierre. Ese tirano á quien no le faltaba ya mas que un escalon para trepar al trono, resolvió derribar la cabeza del moderado Tallien, así como Critias se habia propuesto deshacerse de Teramenes. Volvió con ese objeto á presentarse en la Convencion despues de una larga ausencia. Habriase dicho que el frío de la tumba pegaba ya la lengua de aquel miserable al paladar: enigmático, tartamudeando y frío, parecia que hablaba desde el fondo de la huesa. Otra circunstancia no menos notable es, que todavía su discurso, cuya impresion se mandó hacer por la mas baja de las adu-laciones, no habia salido de la prensa, cuando sobre el hombre omnipotente que lo habia pronunciado, cayó la cuchilla del verdugo. ¡O altitudo!

Llegó por fin el dia de las venganzas, apenas se concibe cómo Robespierre que indudablemente debia ser conoecedor del corazon humano, hizo denunciar ante los jacobinos á los diputados cuya perdicion meditaba: eso equivalia á reducirlos á la desesperacion y hacerlos mas formidables. Presentáronse pues ante la Convencion resueltos á morir ó á derribar al déspota. Era tal el imperio que este ejercia entonces sobre sus cobardes colegas, que por de pronto no se atrevieron á atacarlos de frente, pero al fin alentándose mutuamente llegaron á dar un carácter amenazador á la acusacion. Robespierre quiso hablar, mas por todas partes resonaron gritos de *abajo el tirano*. Tallien se presentó en la tribuna: He aquí, dijo, un puñal para hundirlo en el seno del tirano, en el caso de ser desechado el decreto de acusacion. No lo fue ciertamente: Barrere, abandonando á su amigo, y presentándose como acusador inclinó la balanza del desgraciado Robespierre. Procedieron á su arresto y habiendo sido librado por los jacobinos pudo guarecerse en la casa consistorial, donde vanamente hizo esfuerzos por reunir su partido. Puesto fuera de la ley por la Convencion, abandonado de todo el mundo, ni aun tuvo el recurso de escapar de sus enemigos por aquel medio que nos sustrae de la persecucion de los hombres; la fortuna se le declaró contraria hasta el punto de rehusarle ocasion de consumar el suicidio. Arrancado por los ejecutores de la justicia del rincón (detrás de una mesa) en donde habia atentado contra sus dias, tuvo que subir manchado con su propia sangre á la guillotina. Débil era sin duda la espion que Robespierre ofrecia con su muerte á las atrocidades que habia cometido; pero al caer un malvado en manos del verdugo la piedad se desentendiende de los crímenes que ha cometido y no cuenta mas que sus padecimientos. (a).

## CAPITULO VI.

GUERRA DE LOS EMIGRADOS.—EJECUCIONES EN ELEUSINA.—MATANZAS DEL 2 DE SETIEMBRE.

Despues de la ejecucion de Teramenes, ningun ciu-

(a) Haré por centésima vez notar que el *Ensayo* es obra de un emigrado, y que como tal sabia muy poco ó nada acerca de los hombres que en aquel tiempo dominaban en su país: este es el motivo que le hace tomar por personajes á unos facciosos vulgares que habian vuelto á caer en su natural oscuridad. Mas no son ya tan chocantes las comparaciones por la razon de ser tambien Critias y Teramenes actores comunes y sin celebridad. No puede sin embargo decirse que esos emigrados que se oompadecian hasta del mismo Robespierre, fuesen hombres de animo violento. (N. E.)

dadano, excepto Sócrates, se atrevió á oponerse á las determinaciones de los Treinta. Sin embargo, los emigrados expulsados por la tiranía no habían podido encontrar un sitio donde reclinar su cabeza. Lacedemonia amenazaba con su poder á cualquiera que se atreviese á darles asilo. Esa misma conducta observó la Convención respecto de los emigrados franceses, y algunos Estados tuvieron la cobardía de obedecer. Solo Tebas y Megara dieron el valeroso ejemplo que en nuestros días hemos visto renovado por la Inglaterra imponiéndose el deber de dar un asilo á la humanidad afligida.

No tardaron los emigrados en reunirse bajo Trasíbulo, ciudadano distinguido por sus virtudes. Un pequeño grupo compuesto solamente de setenta de aquellos héroes se apoderó del fuerte de Phylé. Presentáronse los partidarios del gobierno de los Treinta con su caballería, pero fueron rechazados, y temiendo en vista de esta derrota una sublevación en Atenas, se retiraron á Eleusina.

El modo con que trataron á los habitantes de esta ciudad (sospechosos sin duda de adhesión al partido contrario), recuerda una de las escenas más trágicas de la revolución francesa. Habiendo erigido un tribunal en la plaza pública, mandaron que todos los ciudadanos se presentaran á inscribirse en sus registros. Al ciudadano que se presentaba á cumplimentar esta orden, le hacían pasar por una puerta secreta que comunicaba con la playa, en la cual había una fuerza de caballería formada en dos filas, que apoderándose de la víctima la entregaba al juez criminal para que mandara ejecutar su sentencia de muerte (1). Esto fue también lo que poco más ó menos ocurrió en las matanzas del 2 de setiembre.

Habiendo Trasíbulo aumentado el número de sus secuaces, se apoderó del Pireo. Empezaba ya la opinión pública á interesarse por aquel puñado de generosos ciudadanos que estaban en abierta lucha contra el poder de la tiranía, de manera que de todas partes empezaron á recibir socorros, y hasta el orador Lysias les envió quinientos hombres. Tampoco se descuidaron los Treinta en atacar con su ejército á Trasíbulo para desalojarle de aquella posición. Este mandó formar en batalla á sus soldados, infinitamente inferiores en número á los de Critias, y dejando en el suelo su escudo, «*¡a amigos míos, les dijo, vamos á combatir para arrancar por medio de la victoria nuestros bienes, nuestra familia y nuestra patria de manos de los tiranos. Feliz el que goze el honor de la victoria ó recobre la libertad aunque sea á expensas de la vida! No hay cosa más dulce que morir por la patria.*»

Los emigrados al oír estas palabras, se precipitaron sobre las tropas enemigas. Era muy desigual el combate para que la victoria pudiera permanecer mucho

(1) Este pasaje merece una explicación. Jenofonte que es el que refiere este hecho en el libro segundo de su historia, no dice terminantemente para que mandara ejecutar su sentencia de muerte, sino que el general que mandaba aquella fuerza de caballería, iba entregando los ciudadanos al juez criminal; que al día siguiente los Treinta reunieron las tropas, y les manifestaron que debían tomar parte en la condenación de los habitantes de Eleusina, puesto que el gobierno y el ejército estaban envueltos en una misma suerte. ¿No era esto hablar con bastante claridad? Algunos autores que ya he citado han hecho subir á quinientos el número de los ajusticiados en Atenas; pero Jenofonte hace decir á Cleerito en un discurso, que las víctimas sacrificadas por los Treinta durante algunos meses de paz, excedieron en número á cuantas perecieron durante la guerra del Peloponeso en veinte y siete combates. Aunque á primera vista parece exagerado este aserto, no deja de tener en el fondo alguna verdad. Por otra parte tal vez sería posible demostrar que la expresión del original griego encierra el sentido que yo le doy, si pudiera resolverme á cansar al lector por medio de una disertación gramatical. En vista, pues, de todo lo manifestado, puede muy razonablemente inferirse que hubo una gran matanza en Eleusina.

tiempo indecisa. Por una parte peleaban la venganza y la virtud, y por la otra el crimen y el remordimiento. Los tiranos fueron derrotados; Critias perdió la vida y sus satélites, llenos de terror, corrieron á encerrarse en Atenas.

Después de la batalla los soldados de ambos partidos se comunicaron entre sí, y se vió que los que habían peleado en favor de Critias eran del número de los Cinco mil, únicos que como ya lo he dicho habían conservado el derecho de ciudadanos. Cleerito, partidario de Trasíbulo, les hizo comprender que era una locura el exponerse á morir por semejantes tiranos. Los Cinco mil se desengañaron al fin, y nombraron otros diez, cuya conducta no fue menos criminal que la de los primeros. Los Treinta y su facción huyeron á Eleusina.

#### CAPITULO VII.

##### DESTRUCCION DE LA TIRANÍA.—REESTABLECIMIENTO DE LA ANTIGUA CONSTITUCION.

Una de las máximas del pueblo libre de Esparta, era el sostener por todas partes la tiranía. No hay en semejante modo de pensar generosidad alguna; mas sin embargo, es bastante natural. Todos procuramos ser felices, pero no todos podemos tolerar la felicidad de nuestros vecinos. Los hombres nos parecemos á esos niños ambiciosos que no contentos con sus juguetes, quieren apoderarse de los de sus compañeros (a). Los lacedemonios volaron á defender á los Treinta, y Lisandro bloqueó el Pireo: perdidos estaban los emigrados atenienses, si las pasiones humanas no hubiesen venido á salvarlos y á devolver la paz á Atenas.

Pausanias, rey de Esparta, envidioso de la gloria de Lisandro, halló medio de ser enviado á Atenas con un ejército. Aparentó dar un combate á Trasíbulo pero al mismo tiempo le invitó secretamente á que enviara á Esparta algunos de sus amigos.

Estos concluyeron un tratado por medio del cual la tiranía quedó abolida, y restablecido el antiguo gobierno en su primitiva forma. Así que esta buena noticia llegó á Atenas, los partidos se reconciliaron, y Trasíbulo después de haber ofrecido un sacrificio á Minerva, terminó con estas palabras el discurso que dirigió á los Treinta y á los Diez: «¿Por qué razón queis imponernos vuestro mando, ciudadanos? ¿Valeis por ventura más que nosotros? Hemos ambicionado, aunque somos pobres, vuestras riquezas, siendo así que vosotros habeis cometido mil crímenes por apoderaros de las nuestras?... No quiero recordar lo pasado; pero nosotros os haremos conocer que muchas veces el oprimido tiene más virtud y más fe que el opresor.»

Los Treinta y los Diez que como hemos dicho, se habían retirado á Eleusina, quisieron levantar tropas para restablecerse. Un tirano reducido á la impotencia, es como una fiera encadenada y por lo mismo más feroz. Marcharon los atenienses contra aquellos miserables, y dieron fin de ellos en una entrevista. Sus parciales se arreglaron por último con los vencedores, y convinieron en una amnistia en que quedaron cerradas todas las heridas del Estado.

#### CAPITULO VIII.

##### UNA PALABRA SOBRE LOS EMIGRADOS.

Alguna vez al escribir la historia del reinado de los Treinta, me he preguntado á mí mismo: ¿por qué razón elevan á Trasíbulo hasta las nubes? ¿Por qué rebajan á los emigrados franceses hasta el último grado, siendo así que todos se hallan exactamente en el

(a) ¿De dónde pude yo sacar una tan abominable idea acerca de la humana naturaleza? (N. ED.)

mismo caso? Los emigrados de ambos países, viéndose obligados á huir de la persecución que sufrían en su patria, tuvieron que empuñar las armas en tierras extranjeras en favor de la antigua constitución de su país. Las palabras no deben alterar la verdadera naturaleza de los hechos: aunque los emigrados atenienses se hubieran batido por la democracia y los franceses por la monarquía, el hecho es exactamente el mismo. Esa diferencia de opiniones sobre unos mismos objetos proviene de nuestras pasiones: lo pasado lo juzgamos con arreglo á la justicia, y lo presente con arreglo á nuestros intereses.

Nuestros emigrados, como todo lo que procede del choque de las revoluciones, tienen violentos detractores y fogosos partidarios. Para aquellos no son más que unos malvados, la hez y el oprobio de la nación; para estos son unos hombres virtuosos y valientes, flor y gloria del pueblo francés. Esto trae á la memoria el retrato de los chinos y los negros: todos buenos ó todos malos. No basta en la actualidad convenir en que un gran señor puede ser un pícaro, y un realista un hombre depravado: es preciso confesar que cualquiera de aquellos antiguos nobles debió por necesidad ser un perverso. ¿Y por qué? Porque uno de sus antepasados del tiempo de Dagoberto podía obligar á sus vasallos á que hicieran callar las ranas de un estanque inmediato á su castillo feudal cuando su esposa se hallaba de parto.

Algun buen extranjero en el rincón de su hogar en un país tranquilo, seguro de levantarse por la mañana con la misma quietud con que se acuesta por la noche, en completa posesión de su fortuna, con la puerta de su casa bien cerrada, rodeado de amigos y con toda seguridad al exterior, dice tal vez apurando una copa de buen vino, que los emigrados franceses hicieron mal en abandonar su patria: ese buen extranjero es consecuente en su modo de discutir. El se halla perfectamente; nadie le acosa; puede pasearse por donde le acomode sin temor de que nadie le insulte ni nadie le asesine: su casa está libre de que nadie vaya á pegarle fuego, ni nadie le arrojará de ella como una bestia feroz: está en posesión de todos esos bienes: goza de toda esa tranquilidad solo porque la suerte ha querido que se llame Perez y no Gonzalez, y porque su abuelo que murió hace cuarenta años, tenía el derecho de sentarse en un banco determinado de la iglesia, y detrás de su asiento mantenía en pie dos ó tres arlequines vestidos de librea (a). No hay duda, vuelvo á decir, que ese buen extranjero raciocina con mucha consecuencia al decir que los franceses hicieron mal en emigrar de su país.

Nadie sino el desgraciado es juez competente de la desgracia. El corazón grosero de la prosperidad no puede comprender los sentimientos delicados del infortunio. Muy fuertes nos creemos en los días de bienandanza, y magistralmente solemos decir: «Si nos halláramos en esa posición haríamos esto, obraríamos de aquel modo...» pero cuando la adversidad pesa sobre nosotros, entonces conocemos de lleno nuestra propia flaqueza, y con amargo llanto recordamos nuestras baladronadas y las frívolas palabras que se nos escaparon durante los días felices.

Considerando imparcialmente todo lo que los emigrados franceses tuvieron que sufrir en su país, ¿quién es el hombre dichoso en la actualidad, que poniendo la mano sobre su corazón se atreve á decir: «¿Yo no hubiera obrado como ellos?»

La persecución principió simultáneamente en todos los puntos de Francia, y en mi concepto no fue la que lo produjo. Aunque hubiésemos sido el mejor patriota, el demócrata más exagerado, bastaba el tener

(a) No sé si esta clase de defensa era muy agradable á mis compañeros de infortunio. (N. ED.)

un apellido conocidamente noble, para haber sufrido todo género de persecuciones, y para haber muerto á manos del verdugo: así lo acreditan los Lameth y otros muchos que á pesar de ser revolucionarios y de la mayoría de la Constituyente, tuvieron que sufrir la completa devastación de sus propiedades.

Hordas de salvajes, excitadas por otros, salieron de sus guaridas. Un desgraciado noble, en su casa de campo, veía llegar los azorados inquilinos uno tras otro diciéndole: «Señor, que están tocando á rebato; señor, que ya están aquí; señor, que están determinados á quitarnos la vida; señor, ponéos en seguridad, huid, ó estáis perdido!...» Si el desgraciado, cuyo sueño acababa de ser interrumpido en las altas horas de la noche por los gritos de fuego y de asesinato, quería después de haber podido salir con mil peligros de entre las llamas de sus hogares, refugiarse con su esposa é hijos, medio desnudos, en alguna población inmediata, allí era recibido con gritos de muerte por un populacho feroz que al verlo gritaba: «Al palo el aristócrata. Al palo!» En el acto venía la municipalidad con su cinta encarnada, y al frente del populacho á registrar al misero prófugo para saber si llevaba armas. Si por desgracia le encontraban un cuchillo de monte lleno de orín, ó una pistola tal vez sin llave, conducíanlo entre horribles vociferaciones de *traidor, conspirador, perverso*, á la casa de ayuntamiento, para tomar razón de sus supuestas maquinaciones contra el pueblo, y en defecto de otras pruebas bastaba el que se le probase haber oído misa, según la fe de sus padres, para que se le impusieran exorbitantes multas, calculadas con arreglo á la totalidad de las rentas que en otro tiempo cobraba, y de las cuales tal vez en aquel momento no percibía ni la menor cantidad: imponíansele sumas enormes que no pocas veces excedían la suma total de aquellas rentas (1). ¡Tan absurdos, tan arbitrarios eran aquellos que se habían intrusado en el conocimiento de las causas políticas!

En medio de aquel abandono general, en medio de aquella persecución, no tenían los nobles otro recurso que refugiarse en la capital. Allí, confundidos entre la multitud, pensaron librarse por su pequeñez, contentándose con poder vivir en algún oscuro rincón, comiendo con alguna quietud el triste pedazo de pan que les había quedado: sin embargo, no sucedió así.

No parece sino que los hombres que dominaban aquella situación hicieron cuanto les fue posible para obligarles á expatriarse, y no falta quien opina que la Asamblea adoptó secretamente ese plan para tener un pretexto de apoderarse de sus bienes. Las víctimas no odian permanecer en París más que durante un tiempo dado: de lo contrario las puertas de sus casas aparecían el día menos pensado manchadas de negro y encarnado, como en señal de incendio ó de asesinato. Entonces fue cuando llegaron á verse en una situación tan horrible que vanamente yo intentaría describir. ¿A dónde habían de ir? ¿En dónde habían de poder ocultarse? Reducidos á la más profunda miseria; pero sin poder olvidar su patria, todavía se les vió caminar á pié por las carreteras hacia las capitales de sus respectivas provincias, donde por ser más conocidos tuvieron que apurar aun mayores amarguras. Otros regresaron á sus casas solares, es decir, á las ruinas que las llamas habían dejado en pié. Allí se consumó su último destino: algunos fueron arrojados á una hoguera, como el rey Juan, delante de su propia familia: algunos tuvieron que ser testigos de la bárbara violación de sus propias esposas ó hijas, y en vano hubo nobles desgraciados que en medio de aquel infernal desorden elevaron su apagada voz para gritar: Somos patriotas: os cedemos volun-

(1) Esto es precisamente lo que sucedió á la madre del autor, teniendo que añadir seis mil francos de su bolsillo para satisfacer las contribuciones del año 1791.